



1939: El exilio republicano español en México ochenta años después

MANUEL AZNAR SOLER

La caída de Barcelona el 26 de enero de 1939 consumó la derrota del Ejército Popular republicano y el inicio de una huida masiva hacia la frontera francesa. Durante la primera quincena de febrero de 1939, aproximadamente medio

millón de ciudadanos antifascistas españoles, que habían luchado por defender la legitimidad democrática de aquella “República de trabajadores de todas clases”, atravesaron la frontera francesa. Entre aquel medio millón de republicanos antifascistas estaba la mayoría de nuestros mejores artistas, escritores e intelectuales, quienes representaban no solo cuantitativa, sino también cualitativamente, la mejor tradición cultural española y su necesaria y posible continuidad en el exilio.

Aquellos intelectuales republicanos, aquellos milicianos antifascistas internados en febrero de 1939 en campos de concentración franceses, sintieron un

estremecimiento colectivo al conocer la noticia de que el 22 de febrero había muerto muy cerca, en Collioure, desnudo y ligero de equipaje, uno de los suyos, sin duda uno de los mejores: el exiliado Antonio Machado, quien quiso ser enterrado envuelto en la bandera tricolor.

LA CREACIÓN DE LA JUNTA DE CULTURA ESPAÑOLA

Algunos republicanos que evitaron la experiencia de los campos de concentración empezaron a organizar en Francia la resistencia política y cultural contra la dictadura militar franquista. En este sentido, resulta crucial la creación en París el 13 de marzo de 1939 de la Junta de Cultura Española (JCE), en buena medida heredera, como organización unitaria, antifascista y frentepopular, de la antigua Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (AIDC). Una Alianza que, en colaboración con el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes del gobierno republicano, había organizado, entre otras actividades, el Segundo Congreso Internacional



Numerosos intelectuales republicanos que consiguieron escapar de España encontraron en México un refugio y un hogar, y desempeñaron un papel importante en la vida cultural de su país de acogida.

Fotografía: Archivo General de la Nación de México

de Escritores para la Defensa de la Cultura, inaugurado el 4 de julio de 1937 por el presidente Juan Negrín en el salón de sesiones del Ayuntamiento de Valencia —entonces capital de la República española—, congreso que celebró también sesiones en Madrid y Barcelona y que se clausuró finalmente en París.

El lunes 13 de marzo tuvo lugar una reunión en los locales que el Centro Cervantes —un organismo que presidía Marcel Bataillon— tenía en el número 179 de la rue Saint-Jacques de París, donde se creó la JCE. La asistencia de Fernando Gamboa, secretario de confianza del licenciado Narciso Bassols, ministro de México en París, iba a determinar que la mayoría de intelectuales españoles republicanos se exiliara a América y, más concretamente, a México: “La presencia de Fernando Gamboa dio como fruto que la flamante Junta recibiera de inmediato el mejor espaldarazo de la Legación mexicana. Merced a la visión generosa del Presidente, General Lázaro Cárdenas, estaban ya sus representantes en París dando pasos concretos para acoger, en el seno de la bien llamada durante siglos Nueva España, a un nutrido grupo emigratorio” (Larrea, 1977: 76).

Así, tras una “sesión extraordinaria presidida en la Legación por el Licenciado Bassols”, se alcanzaron algunos acuerdos: “Todo lo cual se registró en un acta firmada por el Presidente de la Junta, José Bergamín, que recibió de manos del Licenciado Bassols un cheque de diez mil dólares [...] En consecuencia, el 6 de mayo salieron los viajeros hacia México, vía New York” (Larrea, 1977: 76).

Esos viajeros que embarcaron en el buque holandés Veendam gracias al gobierno mexicano eran la mayoría de los dirigentes de la JCE (Bergamín, Pere Bosch Gimpera, Emilio Prados, Josep Renau, Antonio Rodríguez Luna), a excepción de Eugenio Ímaz y del propio Juan Larrea. Así, presidida por José Bergamín, la JCE, pese a sus penurias económicas, pudo establecerse primero “en un pequeño apartamento de la Avenida del Ejido 19” (Larrea, 1977: 77) y, finalmente, en “un amplio y hermoso local en la calle Dinamarca, número 80”, en cuyo anexo interior se había establecido la incipiente Editorial Séneca. La JCE decidió el 13 de diciembre de 1939 la creación de *España Peregrina*, una revista que, tras las consabidas dificultades económicas, tuvo su “prolongación transfigurada” (Larrea, 1977: 85) en *Cuadernos Americanos*, cuyo primer número apareció en México en enero-febrero de 1942 y en donde constaban Jesús Silva Herzog como director-gerente, Juan Larrea como secretario y una Junta de Gobierno compuesta por once prestigiosos intelectuales: cinco españoles (Pedro Bosch Gimpera, Eugenio Ímaz, Juan Larrea, Manuel Márquez y Agustín Millares Carlo) y seis mexicanos (Daniel Cosío Villegas, Mario de la Cueva, Manuel Martínez-Báez, Bernardo Ortiz de Montellano, Alfonso Reyes y el citado Jesús Silva Herzog).

CARTAS A UN ESPAÑOL EMIGRADO, DE PAULINO MASIP

La primera publicación de la JCE en México fueron las *Cartas a un español emigrado*, de Paulino Masip. Cartas “ejemplares”, fechadas ya en “México, junio 1939”, en las que el autor expresa la dignidad y el orgullo de la condición de exiliado que todo republicano español debía alimentar y desarrollar: “Eres emigrado, pero no te pareces en nada a los muchos compatriotas que te han precedido. Llevas encima un adjetivo que te da color y significación singulares. Eres emigrado político” (1999: 27).

Esta condición de exiliado comprometía moralmente a todos y cada uno de los exiliados, según Masip, a la acción política. Por ello apelaba a su sentido de la responsabilidad, a que todos y cada uno de los exiliados republicanos asumiesen una “representación”

republicana que los comprometía moralmente a una acción política “ejemplar”:

Ahora se enjuicia en cada uno de nosotros y en todos juntos, a la República, y por nosotros se determina la razón o la sinrazón de nuestra causa. ¿Te das cuenta, amigo mío, de la enorme responsabilidad que hemos contraído?

[...] Y cuanto hagamos tú y yo, el más modesto de nosotros, bueno o malo, por ser obra de un republicano, será obra de la República española, y figurará en su deber o en su haber. Y esto hasta extremos inconcebibles. Un surco bien labrado, una página bien escrita, una casa bien hecha, un análisis exacto, un enfermo curado, son los mejores argumentos a favor de la República (1999: 49-50).

Masip afirmaba una convicción personal que constituye un valioso precedente del concepto de “transtie-ro” acuñado tiempo después por el filósofo José Gaos:

Hemos venido a América —el alma polivalente de España lo permite y lo impone— para ser americanos, es decir, mexicanos en México, venezolanos en Venezuela, cubanos en Cuba, y rogamos que nos lo dejen ser porque esta es nuestra mejor manera de ser españoles y, a mi juicio, la única decente. ¿Qué significa esto? Significa la entrega absoluta de todas nuestras energías morales y físicas al país donde residimos, y la renuncia a peculiaridades adjetivas (73-74).

LAS GRANDES TRAVESÍAS A AMÉRICA: EL *SINAIA*, EL *IPANEMA* Y EL *MEXIQUE*

México y la antigua Unión Soviética fueron los únicos países que, contra la vergonzante política de no intervención practicada por las democracias occidentales —una forma de intervención como otra cualquiera y no precisamente a favor de la legalidad democrática republicana—, ayudaron durante la Guerra Civil al gobierno legítimo en su lucha contra el fascismo internacional. Sirva como ejemplo la creación en julio de 1938, por iniciativa de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas y con la aprobación expresa del general Lázaro Cárdenas, de la Casa de España en México, institución destinada a facilitar sus trabajos a algunos destacados intelectuales republicanos.

Por iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas, Isidro Fabela, representante de México ante la Sociedad de Naciones, recorrió los campos de concentración franceses y el 8 de febrero de 1939 le remitió desde Ginebra un informe titulado “Situación española campos de

concentración pavorosa”. Cárdenas, tras conversar personalmente a finales de marzo con Narciso Bassols, embajador de México en Francia, escribió una carta el 3 de abril a Julio Álvarez del Vayo, por entonces residente en París, donde le comunicaba que México iba a facilitar el embarque de los republicanos españoles que quisieran exiliarse allá con la única condición de que el gobierno republicano español pagara su traslado. De esas travesías masivas iba a ocuparse el Servicio Español de Evacuación de Refugiados (SERE), vinculado al gobierno Negrín, con la organización de las tres grandes expediciones a México: las de los barcos *Sinaia*, *Ipanema* y *Mexique*.

Sinaia se tituló también el “diario de la primera expedición de republicanos españoles a México” y en su número 18 y último (12 de junio de 1939) se publicó “Entre España y México”, un poema antológico de Pedro Garfías, extraordinariamente útil para caracterizar la actitud de estos republicanos españoles ante la realidad mexicana.

UN POEMA ESCRITO A BORDO DEL *SINAIA*: “ENTRE ESPAÑA Y MÉXICO”, DE PEDRO GARFIAS

Este poema mítico, que consta de veintiocho versos endecasílabos divididos en tres estrofas, constituye el símbolo de un nuevo encuentro histórico entre España y México, porque la voz poética en este caso no es la de la España de Hernán Cortés y del Imperio, no es la de la España de los emigrantes “gachupines”, sino la de la España del exilio republicano español de 1939:

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa,
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.
España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.
Y tú, México libre, pueblo abierto

al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas;
proletarios gigantes, de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas
y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!

En el año 1939 se
sentaron las bases
de integración de
nuestros intelectuales
republicanos exiliados
en la sociedad y en la
cultura mexicanas.

La voz poética de Pedro Garfias quiere expresar también con rotunda claridad que el exiliado republicano español de 1939 constituye la radical inversión del clásico “gachupín” español en México, de aquellos gachupines que Valle-Inclán esperpentizó en su novela *Tirano Banderas* y que iban “a hacer las Américas” y no a “hacerla” o a “hacerse con ella”. Por ello los dos últimos versos son también, como el verso noveno de este poema (“España que perdimos, no nos pierdas”), verdaderamente antológicos: es la Conquista a la inversa, la “Re-Conquista”, porque es ahora la “vieja y nueva España”, es decir México, la que “esta vez” va a conquistar –“y para siempre”– a España, esto es, a la España republicana exiliada.

Adolfo Sánchez Vázquez, el filósofo marxista a mi modo de ver más lúcido de cuantos republicanos españoles se exiliaron en México, nos recuerda que, contra el concepto de la “Hispanidad” franquista, afirmaban su vinculación no con la España “eterna” e “imperial”, sino con la España de, por ejemplo, Luis Vives o el padre Las Casas:

Ciertamente, ningún republicano podía aceptar la doctrina de la “Hispanidad”, dada su oposición al régimen franquista. Con ella, se pretendía resucitar un imperalismo cultural, o un intento anacrónico de españolizar a América, conforme a la ideología tradicionalista de la “España eterna”, renovada con la retórica falangista de la “voluntad de Imperio”, “unidad de destino en lo universal”, etcétera. [...] Para los exiliados había otra España (no es casual que en México publicaran la revista titulada *Las Españas*), que, con un sentido espiritual, quijotesco, humanista, se distancia de la Modernidad europea y proyecta sus ideales y valores en América. Y esa España que personifican Vives, Las Casas, Vasco de Quiroga, Cossío o Machado, es la que se opone en la propia América a los desafueros del Imperio, al avasallamiento y destrucción de los indios (Sánchez Vázquez, 1997: 98).

Por ello nadie mejor que el propio Sánchez Vázquez para atestiguar en 1989 en el mismo puerto de Veracruz, cincuenta años después de su llegada a México, ese encuentro entre España y México que Pedro Garfias acertó a expresar en los versos de su antológico poema, “evangelio” del exilio republicano español según Juan Rejano:

Pero como españoles que hemos llegado a ser mexicanos, y como mexicanos que no pueden olvidar sus raíces ni los vientos que nos trajeron al exilio, hoy podemos contribuir, y esa será nuestra más alta contribución, a hacer realidad –por encima de la retórica verbal– el encuentro entre España y México que Pedro Garfias cantó o soñó al iniciarse, hace cincuenta años, nuestro exilio (Sánchez Vázquez, 1997: 44).

LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO

Instalados ya en México desde junio de 1939, tanto los dirigentes de la JCE como los artistas, escritores e intelectuales que habían llegado en aquellos tres barcos pudieron iniciar sus trabajos e impulsar diversas iniciativas culturales ya creadas anteriormente, como la Casa de España en México.

La Casa de España en México fue creada el 1 de julio de 1938 por iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas para acoger a los intelectuales españoles republicanos, y el escritor y diplomático Alfonso Reyes aceptaba ser nombrado presidente de su Patronato. Cárdenas dotó a la Casa de más recursos económicos, ordenó que se ampliaran las invitaciones y que se diera la máxima importancia a su programa de publicaciones.

En efecto, sin olvidar a Ediciones Quetzal (*Proverbio de la muerte* y *El lugar del hombre*, dos novelas de Ramón

J. Sender), la cosecha de publicaciones de la Casa de España en México durante aquel año 1939 fue espléndida y las menciono según la fecha que consta en su colofón: Enrique Díez-Canedo, *El teatro y sus enemigos* (28 de abril); Juan de la Encina, *El mundo histórico y poético de Goya* (23 de mayo); Adolfo Salazar, *Música y sociedad en el siglo XX* (22 de junio); José Moreno Villa, *Locos, enanos, negros y niños palaciegos* (29 de junio); Alfonso Reyes, *Capítulos de literatura española (Primera serie)* (s. f. ¿julio-agosto?); María Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española* (28 de septiembre); Antonio Caso, *Meyerson y la física moderna* (27 de noviembre); León Felipe, *Español del éxodo y del llanto* (28 de noviembre); y, por último, Jesús Bal y Gay, *Romances y villancicos españoles del siglo XVI* (s. f.).

El escritor Juan José Domenchina, el sociólogo José Medina Echavarría, el doctor José Torre Blanco o el filósofo Joaquín Xirau, entre otros, pasaron también a formar parte de la Casa, hasta que el 18 de septiembre de 1940 se reunió en pleno su Patronato y acordó transformar la institución y cambiarle el nombre al actual de El Colegio de México.

LAS REVISTAS

Desde su número inicial, fechado en diciembre de 1938, la revista mensual mexicana *Taller* —de la que por entonces eran responsables Octavio Paz, Rafael Solana, Efraín Huerta y Alberto Quintero Álvarez— prestó atención a la literatura y cultura española republicana. En la página 57 de su número 4 (julio de 1939), podía leerse:

Entre los refugiados españoles que han llegado a México se encuentran nuestros camaradas Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil Albert, Ramón Gaya y Lorenzo Varela, que fueron, con algunos más, fundadores de la revista *Hora de España* —hermana de *Taller*— y uno de los más extraordinarios esfuerzos de la República Española para mantener en la guerra esa continuidad histórica de la cultura española, que hoy busca sus raíces en América.

Si *Hora de España* y *Taller* eran “hermanas”, nada más coherente, por tanto, que integrar a esos “camaradas” en la propia redacción de la revista mexicana, tal y como informa la nota editorial que introduce su número 5 (octubre de 1939):

La presencia de Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil Albert, Ramón Gaya, Lorenzo Varela y José Herrera Petere, en la redacción de *Taller*, nos confirma la comunión de nuestra tradición, de nuestra fuente y nos entrega la certidumbre de una apasionada

coincidencia en la preocupación y angustia por algunos temas.

Así, *Taller*, “revista mensual de poesía y crítica”, se reestructuró a partir de octubre de 1939, como “revista de confluencias”, de la siguiente manera: Octavio Paz, director; Juan Gil-Albert, secretario; y Ramón Gaya, José Herrera Petere, Efraín Huerta, Alberto Quintero Álvarez, Antonio Sánchez Barbudo, Rafael Solana y Lorenzo Varela, redacción.

Como hemos visto, en 1939 se sentaron las bases de integración de nuestros intelectuales republicanos exiliados en la sociedad y en la cultura mexicanas (editoriales, prensa, universidades), una fructífera trayectoria ampliamente reconocida hoy por ambas partes: por parte española, el agradecimiento unánime y permanente a la memoria siempre viva de la generosa política de acogida del presidente Lázaro Cárdenas, elogiado no únicamente por la primera generación exiliada de 1939, sino también por la segunda y tercera, por sus hijos y nietos; y, por parte mexicana, el reconocimiento público al impulso cualitativo que supuso el exilio republicano español de 1939 para muchos ámbitos de la cultura mexicana, ochenta años después.

El 13 de junio de este año se ha realizado en el puerto de Veracruz el “acto oficial de conmemoración de los 80 años del Exilio Republicano Español” y que según el programa oficial, y no por casualidad, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, hijo del general Lázaro Cárdenas, es el “presidente de la Comisión organizadora de los actos conmemorativos de los 80 años del Exilio Republicano Español en México”.

BIBLIOGRAFÍA

Larrea, Juan (1977), “A manera de epílogo” a la reedición facsimilar de la revista *España Peregrina*. México, Alejandro Finisterre, pp. 75-86.

Masip, Paulino (1999), *Cartas a un español emigrado*, edición de María Teresa González de Garay. San Miguel de Allende, Centro Cultural el Nigromante.

Sánchez Vázquez, Adolfo (1997), *Recuerdos y reflexiones del exilio*, edición de Manuel Aznar Soler. Sant Cugat del Vallès, Associació d’Idees-GEXEL, colección Sinaia-2.

MANUEL AZNAR SOLER es catedrático de literatura española contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona. Es el coordinador general del Congreso plural “Ochenta años después”, impulsado por el Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL) de la Universidad Autónoma de Barcelona.